



Gabriel, de 23 años, posando el jueves con balanza y la venda de la Dama de la Justicia. «Que me digan de una vez si puedo ser juez o no». ALBERTO DI LOLLÍ / ANTIQUÉDADES EL CAMPILLO

SOY ABOGADO, CIEGO Y QUIERO SER JUEZ. ¿ME DEJÁIS OPOSITAR?

POR PACO REGO

A Gabriel, joven abogado de 23 años, hay que verlo y escucharlo. La cita es en uno de esos bares con aire neoyorquino de la madrileña calle Recoletos. Llega solo, tanteando cada esquina con un bastón. Tiene el cuerpo menudo y la cara de

niño. Viste camiseta naranja, pantalón de chándal azul y zapatillas negras. Colgado de un hombro, un bolso con el portátil y su inseparable Pac Mate dentro, el artillero que habla lo que él escribe en Braille, y con el que estudió siempre.

—¿Jura o promete decir la verdad?

—Lo juro.

—¿Qué pensaría si pudiera ver y le tocara ser juzgado por un juez invidente?

—Diría que es estupendo, si me

absuelva. Pero si me condenara, diría: no tiene ni idea y, además, no ve nada. Pero podría decirse lo mismo de otros muchos que pueden ver.

Desde que se propuso enfundarse la toga y esgrimir el martillo, el sueño de su vida, el joven Gabriel Pérez Castellanos, vallisoletano licenciado en Derecho con notable, trae de cabeza al gobierno en pleno de los jueces. Llevan ya nueve meses, todo un parto, sin saber qué hacer. Gabriel les pidió opinión, antes de ponerse a hincar los codos de nuevo en las leyes, para tener claro si podría o no impartir justicia. O, más concretamente, si le dejan opositar a juez sabiendo que no está suspendido de antemano. Silencio ha sido la respuesta de las máximas autoridades judiciales, ministerio incluido. Y así continúan, mudos. «Les ha pillado con el pie cambiado y se están pasando unos a otros la bola», terea un magistrado.

De tener luz verde, Gabriel sería el primer juez ciego en España. Nació con visión hasta que, cumplidos tres años, un glaucoma y cinco operaciones lo dejaron sin nervio óptico, definitivamente a oscuras. Dice que no guarda recuerdos de la última imagen que pudo ver. «Ni de ningún trauma, nunca lo tuve». Sacó adelante Derecho a base de oído; el Código Civil, de oído; el Penal, de oído, el Derecho Romano, de oído... Miles de horas escuchando la voz sintética de la máquina que traducía a sonido lo que él tecleaba en Braille durante las interminables clases.

OPOSITOR BRILLANTE

Así cinco años —sin repetir curso— y, a juzgar por los resultados, no le fue nada mal. Al contrario. Obtuvo una nota media de 7,9. Brillante, más todavía en un invidente. Tanto, que al consultar su futuro con uno de sus profesores, Juan Manuel Fernández, éste no dudó en proponerle que se hiciera juez, una opción que también apoya el propio decano de la facultad de Valladolid, donde hizo la carrera. «Y aquí estoy, esperando... Lo único que pido es que me digan si me pongo ya a preparar las oposiciones o, por el contrario, me descartan por ser ciego», suelta con una mezcla de enfado y resignación. En casa, sus padres, funcionarios, dicen que la particular cruzada emprendida por el pequeño de dos hermanos (el mayor es médico) «es de locos».

Mientras sigue esperando a que el Consejo General del Poder Judicial (CGPJ) emita un veredicto sobre este caso único en España, Gabriel, que mide cada palabra, se ha apuntado a un máster de asesoría jurídica laboral en el prestigioso bufete Garrigues de Madrid. «Si al final resulta que no puedo ser juez, me haré abogado laboralista», dice, «de algún modo tendré que ganarme la vida, ¿no?».

—Por cierto, ya que saca el tema, ¿qué le parece reforma laboral y esos casi 6 millones de parados?

/ Sigue en página 22

Viene de página 21/ —Había que hacerla, y si no funciona hay que hacer otra o las que hicieran falta. El mundo ha cambiado, y más que va a cambiar.

—¿Y el paro galopante?

—Es un disparate, sí. Cambiar la ley a ese precio no me parece bien. Hay que encontrar un equilibrio siempre entre la realidad y las leyes o, de lo contrario, éstas terminarán siendo injustas. Gabriel pide una Coca Cola normal, con azúcar y cafeína. Largo silencio. «Soy de pocas palabras», comenta antes de darle un trago al refresco. Luego, de manera espontánea, él mismo se define: «Soy muy cabezota, entendido esto como tenaz, muy trabajador y responsable. Cuando me pongo con algo procuro hacerlo perfecto... Ah, una cosa más: me gusta más escuchar que hablar».

—¿Qué tal le ha ido esta mañana [jueves] ese examen?

—Muy bien, ha sido duro, pero lo sacaré —responde con seguridad, serio, eso sí, poniendo gesto de estar en guardia para encajar la siguiente pregunta.

—No quiero que nadie se apiade de mí, ni que me diga que soy un fenómeno. Soy lo que soy, un abogado que quiere llegar a más. No tengo más méritos...

Gabriel Pérez es consciente de que su historia anda en boca de todos. Sabe que estos días Facebook es un hervidero de apasionadas opiniones sobre él. Buenas y no tan buenas. «Ser invidente no es obstáculo para ejercer de juez, y me parece muy injusto que le hagan esperar para incorporarse a lo que él se ganó con gran sacrificio (Lola Fornos Ríos)». «Seguro que ve las cosas

mejor que más de un vidente juez (Gorka González)».

O esta otra: «Digan si alguno de ustedes les confiaría su defensa legal. No lo creo. El afán de quedar bien con los discapacitados nos lleva a cometer tonterías como estas, disculpen. Tiene derecho como cualquiera, pero no podrá ejercer como

cualquiera, no se cieguen a la realidad ustedes también (José Rosario García)».

Sin embargo, Gabriel no hace causa ni bandera de su discapacidad. «No lo hago para crear un precedente, ni para abrir un camino a los demás. Es que quiero ser juez, es lo mío, sin más. Y si lo consigo, bien. ¿Que otros ciegos lo quieren?, que me sigan...». La ley que rige a los jueces en España no contempla estos casos. Y Gabriel, por la parte que le toca, la conoce al dedillo. «Habría que cambiarla, como en otros países».

Dos son los precedentes más recientes. En 2010, el abogado Edwin Béjar Rojas se convirtió en hecho en el primer juez ciego en

Perú. Un año antes, en Brasil, el procurador Ricardo Tadeu da Fonseca, que había perdido la visión mientras estudiaba Derecho, remataba la carrera de juez, con plaza incluida. Juzga 400 presos al mes. Ese mismo año, 2009, a este lado del charco, surgió el primer juez ciego en Bélgica, Bart Hagen, de 32 años. Aunque si nos remitimos a la tradición, Reino Unido encabeza la lista de los adelantados a su tiempo. Ya en 1750 sir John Fielding, quien junto a un hermano magistrado puso en marcha el primer cuerpo de Policía profesional en el país, los Brow Street Runners (los corredores de la calle Brow, entonces una de las más conflictivas de Londres), el germen del actual Scotland Yard, se convirtió en el primer juez ciego de Inglaterra. En Austria se lo están pensando y ya existe un proyecto piloto para valorar la conveniencia de tener magistrados invidentes.

«Ningún juez, por mucha que tenga, puede presumir de no necesitar ayuda», tercia el magistrado de lo contencioso José Ramón Chaves, del Tribunal Superior de Justicia de Galicia. Togado polifacético, autor de contencioso.es, premiado en 2010 como el mejor blog jurídico español. «Yo no le veo ningún problema. Aunque aquí, tal vez por esa crueldad tan española a la hora de justificar las derrotas judiciales diciendo "me ha tocado un ciego", lo tenga más difícil».

Difícil, aunque por motivos diferentes, según el juez de la Audiencia de Madrid, Celso Rodríguez Padrón, hasta diciembre pasado secretario del CGPJ. «La expresión de la cara de un acusado, por ejemplo, su

mirada, la forma en que reacciona a las preguntas, todo eso es muy importante para alguien que tiene que juzgar».

Pero «difícil» no aparece en el vocabulario de Gabriel. Ni siquiera cuando aparcar los tochos legales. Juega en la tercera división de *gol ball*, en el Valladolid, que así llaman al equipo, una variante del

futbito donde tres contra tres juegan a meterse goles con una pelota con cascabeles. Cuando no, se calza la mochila y se va de marcha con sus colegas *boy scouts* a la montaña. La radio, que procura llevar a todas partes, es otra sus aficiones, sintoniza los deportes y las noticias o echa mano de algún libro de aventuras —«las de Harry Potter me fascinan»—, pero sobre todo es fan de las novelas de Blasco Ibañez.

Al despedirse en el portal de su piso en Madrid, Gabriel teclea de nuevo en su Pac Mate. «Mañana tengo que volver a los libros», dice. ¿Te veremos de juez algún día? «Por mí...».

Veintiún jueces tienen la palabra.

"LO HAGO POR-QUE QUIERO SER JUEZ, NO PARA LUCHAR POR LOS DISCAPACITADOS. SI LO CONSIGO, Y QUIEREN, QUE OTROS ME SIGAN"

